

Mía y el copo mágico en la Nochebuena



El copo fresquito

Es la noche del veinticuatro y en el patio hace calor. La mesa espera la medianoche con su pan dulce. Mía, con su tiara, ve algo que brilla entre las baldosas: un copo de nieve, grande como su mano. Lo levanta y se ríe:

—¡Está fresquito!



El conejito

Entre las macetas de jazmín, algo se mueve. Sale un conejito blanco, con un moño azul. Salta, salta, y se para frente a Mía. Mueve la nariz. Mía le muestra el copo en su mano abierta:

—¡Mirá!



El caminito

Del copo sale un caminito de luz. Cruza el patio, pasa el portón y sube hasta un castillo blanco, allá arriba, en una colina. Desde la casa llegan voces y ruido de platos. Mía mira al conejito:

—¡Vení conmigo!



La puerta de hielo

Al final del caminito hay una puerta enorme, de hielo blanco. Mía estira el cuello para ver dónde termina. Levanta el copo:

—¡Brillá, copito!

La puerta cruje despacito y se abre. Del otro lado sopla un aire fresco.



El primer salón

Mía entra en un salón altísimo. Las paredes de hielo, cubiertas de escarcha, dejan pasar una luz suave. Del techo cuelgan lámparas redondas de hielo. El suelo es de nieve en polvo. Mía le susurra al conejito:

—Despacito.



La puertita más chiquita

En otro salón hay muchísimas puertas de hielo, de todos los tamaños. El copo brilla más fuerte hacia la puertita más chiquita.

—¡Esa!

Mía apoya la mano en la manija, y la puertita se abre.



La escalera

Detrás de la puertita sube una escalera ancha y seca, de hielo blanco. El copo alumbra cada escalón. Mía y el conejito suben y suben, tac, tac, tac, hacia una sala escondida arriba de todo.



La sala gris

La sala secreta es redonda, gris y quieta. No se oye ni un ruidito. El copo casi no brilla, como una lucecita cansada. Mía lo aprieta contra el pecho. El conejito se pega a sus pies.

—Qué silencio —susurra.



Nieve de luz

Mía respira hondo y levanta el copo bien alto, con las dos manos.

—¡Brillá, copito!

El copo se abre como una estrella enorme.
Empieza a caer una nieve de luz. Brilla la sala gris, brilla el castillo entero.



Corramos

Mía y el conejito salen por la gran puerta de hielo. Abajo, el caminito sigue brillando. Desde el patio llegan voces y ruido de sillas: ya se están sentando a la mesa.

—¡Corramos! —dice Mía.



De vuelta

El caminito la lleva de vuelta al patio. Otra vez hace calor. La mesa está llena de platos, de pan dulce y de luces. Mía se sienta en su lugar con el copo entre las manos. El conejito se acomoda debajo de la silla.



La medianoche

El reloj de la sala marca las doce. En la mesa levantan las copas y hay risas. Entonces el copo se abre un poquito, y sobre la mesa cae una nieve de luz, suave y callada. Mía cierra la mano:

—Vos te quedás conmigo, copito.